

los que no hemos de poner atención; pongan en juego todos los medios posibles que á manos tengan para impedir que la emigración esté en el puesto que la dignidad le ordena; que todo esto no demostrará al mundo, sino que son las convulsiones del que siente sobre su cabeza el peso anoadador de sus últimos esfuerzos por la vida.—Gloriosa ha de ser la victoria conseguida sobre enemigo tan potente, y por eso la unanimidad ha de estar á la altura del triunfo.

AGAETRA.

AL PRIMER TAPON.....

Según los anuncios oficiales ya llegaron á Cuba española unos ocho mil soldados que vienen á aumentar el lujoso ejército de los defensores de la integridad de España en este nuevo mundo que le regalara Colón, para obtener en premio las cadenas y el hambre que le ocasionaron días tristísimos en su vida tan llena de gloria.

Esa avanza de los cien mil que han de dar al traste dentro de un mes con la revolución cubana según ofrecimiento del arrojado Weyler, ha puesto ya sus plantas en el teatro de la guerra. Ella tal vez dando aliento á los veteranos de Melguizo, Francés y Hernández se dispone á dar cima á la campaña de Otoño preparada con mucho estudio y detenimiento por Weyler. Pero, ¡oh planes militares tan soberbios! tal parece que no fueran agueridos soldados españoles de tanta fama los que la llevaron á cabo, sino soldados de plomo que se derriten al calor de las ametralladoras cubanas y se hacen añicos al filo del machetico insurrecto.

Pero ya se ve, el Generalísimo Weyler lleva al cinto sin duda alguna, su espada de *hojalata*, y sus entorchados de papel de *estrassa* pintoreteados de un dorado al pastel y por eso no se pone al frente de su ejército á dirigir las operaciones. Y hace bien: vivir rodeado de bayonetas en un suntuoso palacio contando amenudo onzas de oro en vez de cartuchos. y dormir tranquilamente *sobre las olas del mar* y en un magnífico

blindado, es mucho mas honroso para un militar, que exponer el pellejo enfrentándose con Generales como Maceo que lleva una espada de bien templado acero y dos estrellitas en su chamarreta, que corta con seguridad aquella, y estas eclipsan el brillo de los entorchados españoles.

Es muy fácil dictar decretos de muerte y destierro desde el segundo piso del *Arca de Noé*, á tener que presenciar cuadros tan desastrosos, pero con toda regla del arte, como el que acaba de tener lugar entre los *bizarros* españoles y los *cimarrones* cubanitos, cerca de la residencia del valiente entre los valientes General Antonio Maceo, gloria de Cuba y honra de su ejército.

A. TILA.

HORRORES DE LA GUERRA DE CUBA.

Traducción del "Herald."

Lluvia, fango y fuego
Pestilencia, muerte
y desolación.
(Concluye.)

Sólo ha llovido durante veinte minutos, pero el campo está completamente inundado; ha caído más agua en ese corto espacio de tiempo que la que hubiera podido caer durante todo un día en latitudes más septentrionales. Por todos lados oyese el murmullo de los pequeños arroyos que se han formado y que van á desaguar á la trocha. El calor es aún más sofocante, y el campo más bien que orneado parece hervido. Las moscas zumban pesadamente sobre la faz de los enfermos, y van formando negras colonias en sus llagas y heridas. Existen algunos trozos de mosquiteros para los oficiales, pero los soldados tienen que sufrirlo todo—moscas, calor, y mosquitos, desnudos y desprovistos de toda cobertura.

Al poco rato de escampar traen al hospital á dos enfermos de viruelas; la enfermedad en éstos no está aún bien desarrollada, pues las pústulas rojizas apenas si están visibles. Mañana se les enviará al Mariel para que los remitan por vapor á la Habana.

Allá á lo lejos, el pequeño centinela "El Ternero" se encuentra dando traspies. "Mucho aguardiente," exclaman los soldados... "¡Ojalá!" Pero no es aguardiente,

es la fiebre. El muchacho vacila y rueda por el suelo, pero haciendo un esfuerzo recoge su fusil y vuelve á levantarse. El cabo de guardia al ver lo que está pasando, empuja á un alto y rudo mozo para que vaya á reemplazarlo. Al pasar éste junto al pobre enfermo, le dice colérico: "Ternero sucio."

Le traen y acuestan en un catre; está tiritando y los dientes le castañetean, y sin embargo la piel le arde y tiene los ojos encendidos. No hay ni que preguntar lo que tiene, y le preparan el remedio usual: medio jarro de aceite de castor mezclado con el zumo de doce limones, y á la fuerza le hacen engullir dicho brevaje. El pobre mozo escupe y hace algunas muecas, pero por fin se lo traga. Dentro de media hora le darán otra dosis de iguales proporciones, y mientras tanto lo cubren con frazadas. Si este remedio no corta la fiebre, entonces la enfermedad tendrá que seguir su curso natural.

A medida que avanza la tarde distínguese á lo lejos un cuerpo de caballería que viene costeando la trocha por el Norte. Son unos quinientos ginetes pertenecientes á las fuerzas del General Suárez Inclán, que marchan, guiados por un práctico, á atacar un campamento insurrecto situado en las lomas, á diez millas de distancia.

Van chapoteando por medio del cieno y el fango de la trocha, hasta que al fin desaparecen en los bosques situados al Oeste. Durante las horas de la tarde las guarniciones de casi todos los puestos están durmiendo, pues la siesta es una necesidad sentida tanto por los españoles como por los cubanos.

El motivo porque los cubanos no atacan durante esas horas, no se debe á otra cosa sino á que ellos también se encuentran durmiendo, y un ataque á esas horas sería sumamente brutal y descortés. Ambas partes, pues, tratan de pasar la tarde lo más confortablemente posible, y en la completa seguridad de no verse molestados.

Algunos oficiales españoles ponen á todos sus soldados de servicio mientras ellos se entregan al descanso, pero esto no viene sino á confirmar el conocido adagio de que "la sogá siempre quiebra por lo más delgado."—Nuevos enfermos ingresan por la tarde, y las camas van gradualmente llenándose de quejumbrosos pacientes.

A las seis se relevan las guar-

dias, y los centinelas que durante varias horas han estado soportando el sofocante solsticio, encamínanse al campamento, cansados, extenuados, sin ganas de hablar y con la convicción muchos de ellos de que llegada la noche serán llevados al hospital.

El rancho de las tropas compónese casi exclusivamente de plátanos, boniatos, pan y café; el agua la toman con limón diluido, pero á pesar de ello el líquido es sumamente malo y constituye la causa principal de muchas de las enfermedades reinantes.

Las noches de la trocha.

Las tardes de Cuba carecen de crepúsculo, y la transición de la luz á las tinieblas verificase tan repentinamente como si apagarán el sol á manera de bujía. La entrada de la noche viene acompañada de un nuevo género de torturas. Innumerables bandadas de mosquitos levántanse de entre los charcos y matorrales y asaltan por todas partes á los soldados. Los centinelas manotean ó se defienden con los sombreros jurando y perjurando, y los oficiales acostados cubrense con sus mosquiteros. De los próximos bosquecillos nos llega el zumbido de legiones de insectos y el chirrido de las ranas, y los cocuyos de luz verde esmeralda, que convierten los cañales en ensueños encantadores, empiezan á revolotear por todas partes.

El silencio del campamento sólo se ve interrumpido por el lejano tarareo de una canción y las locas exclamaciones de los enfermos. El Ternero en su delirio sueña con Cataluña; otro está delirando con Galicia, y los enfermos de viruelas frótanse desesperados la cara, como si encontrasen algún alivio al sentir las pústulas bajo la acción de sus dedos.

Repentinamente, y hacia el borde del bosque situado al Oeste, se oye una llamada. Un toque de corneta, y los soldados corren á coger sus armas. Trascurren unos momentos de ansiedad é incertidumbre; después se sabe que es la columna de caballería del General Suárez Inclán que regresa de su excursión. Ahí vienen en larga fila chapoteando y resbalando por la trocha, cabizbajos y mudos, salvo que no sea por alguna voz de mando ocasional. Están pasando camilla tras camilla al través de la zanja y llevándolas al hospital. Enciéndense fogatas y se cuelgan algunos farolillos para poder divisar alguna casa, viéndose entonces á los médicos en man-